

¿Por qué yo soy laicista?

UNA AUTOBIOGRAFÍA INCOMPLETA.
RAZONES Y EMOCIONES PARA
UNA ÉTICA LAICA.

Autor: Luis María Cifuentes Pérez
Círculo Rojo, 2021, págs. 264



Muchas veces se dice que el pensamiento de un filósofo es el resultado de su vida: tal vida tienes tal filosofía mantienes. Sin llegar a determinar el pensamiento de un autor en relación a la vida que lleva, pues eso sería en caer en casi un determinismo, podemos afirmar que la vida del autor de este libro, Luis María Cifuentes, refleja en cierto modo su filosofía, como la protagonista del cuento de Lewis Carrol, a través de un espejo junto a los vaivenes de la educación en España. Luis establece un paralelismo entre la educación española desde la transición y la historia de una crisis de fe, como una confesión trazando el camino contrario de San Agustín — que sufrió una conversión como revelación— y de Manuel García Morente en París —quien calificó como un

«hecho extraordinario» su pérdida de fe en la razón para abrazar la fe católica—. En este caso, la confesión de Luis va de su pérdida de fe en la religión católica para terminar en la razón y argumentación filosófica, en un pensamiento tranquilo y racional con una pizca de escepticismo. El «hecho extraordinario» del autor es como llega al laicismo en una Roma vaticana de misas y ceremonias religiosas que le recordaban las de su niñez en el Salto del Esla, en su Zamora natal, haciéndose eco de las palabras: *Roma veduta fe perduta*.

Desfilan siete décadas de la vida española, desde 1950 hasta el 2010 y la década posterior. El mismo subtítulo sugiere que es una autobiografía incompleta pues como él mismo me dijo en una ocasión todavía sigue en

pie y espera dar guerra durante bastante tiempo.

Muchos pensadores (de profundas convicciones religiosas) piensan que cuando uno pierde la fe en Dios nada bueno puede ocurrir porque sin ese último límite que representa la suprema bondad de un Dios pareciera imposible que una persona pudiera hacer de su vida un ejemplo de bondad, debido a que uno no puede evitar caer en lo que decía uno de los hermanos Karamazov de Dostoieski: «muerto Dios, todo vale». También dicen que si Dios no existe habría que inventarlo y guiarse en todo momento como si existiera aunque, en realidad, uno no tenga fe ya en su existencia. Sin embargo, Luis es un válido ejemplo de que se puede transitar de la fe a la razón sin el resultado de un drama o tragedia. Como él mismo dice siempre ha conducido su vida guiada por una auténtica reflexión ética y filosófica para un vida buena, eso que Machado decía de ser un hombre bueno en el buen sentido de la palabra bueno. Añadiría además que dada la experiencia de las religiones monoteístas belicosas —que desgraciadamente siguen empañando el horizonte político— creer en Dios no es ninguna garantía de conducirse por una auténtica bondad, sino en muchos casos todo lo contrario.

Dejando aparte la dos primeras décadas muy interesantes sobre su

niñez y adolescencia hasta 1970, año de la «respuesta política» que significó el giro en su trayectoria vital y que coincidió con su independencia económica y la búsqueda de nuevas lecturas alejadas de los martirologios de su educación católica, su estancia en Roma, como ya se ha dicho, fue crucial en su evolución posterior porque empezó a leer a Marx y a otros sociólogos, psicólogos y filósofos muy conocidos en Europa pero no así en la España tardofranquista que mantenía la vigilancia de la censura: *nihil obstat*.

En esta primera juventud empezó, ¡cómo no!, sus primeras incursiones en el mundo *hippy* y en el cine italiano de profunda influencia realista y sociológica que le ayudaron a despertar a una realidad desconocida por entonces en nuestro país. De regreso a España desde Roma estudia Filosofía y Filología alemana en la universidad de Granada. Asiste a la muerte del dictador y empieza una carrera docente en un colegio de Aranda del Duero. Allí conoce a quien será su mujer en el futuro y se trasladan a vivir a Barcelona donde inicia ya una auténtica carrera como profesor de Filosofía y pedagogo en los difíciles institutos de la entonces periferia barcelonesa.

Vivió en primera persona la cuestión catalana primero como luchador antifranquista gritando el popular «llibertat, amnistía, estatut d'autono-

mia», y después, como director de un instituto en San Boi de Llobregat y Cornellá de Llobregat en los años 80, la inmersión en catalán, en una zona donde la mayoría del alumnado procedía de otras regiones de España y no era catalano-parlante .

En la década de los 80 a los 90 descubre la laicidad y toda su problemática para una educación laica en un país que después de más de 40 años de transición —ya va siendo demasiado larga— no se ha librado de la herencia católica con el tema de la enseñanza de la religión en las escuelas públicas. Descubre otras formas de educación y pedagogía en esa Barcelona brillante y vibrante que culminará con las Olimpiadas de 1992.

Conoce y toma contacto con la Institución Libre de Enseñanza y los movimientos de renovación pedagógica tan activos en Cataluña, además de la experiencia de los Claustros interminables de profesores de entonces discutiendo con los compañeros y compañeras nuevas forma se acercar la cultura a los jóvenes. En toda esta inquietud por la educación surge la nueva ley de educación del primer gobierno socialista, la Logse, que aunque recibió numerosas críticas ha sido el único intento serio con fundamentos pedagógicos de cambiar la educación de nuestro país. Que dicho experimento no tuviera el éxito esperado es

largo de explicar y quizás para tratar en otro lugar.

En los 90 se traslada a Madrid y funda la Sociedad Española de Profesores de Filosofía (Sepfi) con otros compañeros filósofos e inicia la lucha para incluir en el currículo educativo la enseñanza de la ética obligatoria para todo el alumnado y no como alternativa a la religión y que más tarde se sustituyó por una educación para la ciudadanía. Define el laicismo como «el esfuerzo filosófico por separar los dos ámbitos de la realidad desde el punto de vista de la interpretación simbólica del mundo: la perspectiva sagrada y la perspectiva profana». Esta separación es parte fundamental de una educación ético-laica para una educación integral de las personas que Luis siempre ha defendido, porque siempre ha creído que en una edad crucial y tan importante como es la adolescencia es fundamental una auténtica reflexión ético-filosófica para conseguir personalidades sanas y equilibradas con un mínimo sentido de la justicia. Y estas, según cuenta, han sido las dos preocupaciones intelectuales y vitales que han ocupado sus reflexiones: la ética en su dimensión moral y política y su implantación en el sistema educativo español.

Tiene el mérito de sacar tiempo para presentar su tesis con el título: *La reconstrucción del sujeto ético en la fi-*

losófia moderna, a la vez que trabajaba como catedrático de filosofía en los Institutos de Educación Secundaria. En ella ahonda en estas preocupaciones y se plantea la crisis de la modernidad como una crisis del sujeto a la cual el sistema educativo no sabe o no quiere responder adecuadamente.

Sus influencias son amplias y de una actualidad ambiciosa conociendo lo que se hace en filosofía en España y fuera de España junto a una formación sólida en los clásicos gracias a su conocimiento del Griego y el Latín que le proporcionó su estancia en un seminario de León donde estudió. Una formación que le inculcó un poco de ese sentido misionero de propagar la fe que, como presidente de la Sepfi durante muchos años, lo practicó en la defensa de la filosofía en los planes de la educación no universitaria, que gobierno tras gobierno, sin importar las ideologías, ha tomado siempre como el chivo expiatorio de unos currículos obsoletos que no responden a las exigencias de los nuevos tiempos. Ha vivido todas las reformas de los planes de estudio no universitarios y siempre se ha encontrado, como cuenta él mismo, con el mismo problema: la disminución de las áreas humanísticas a favor de una pretendida educación científica de nuestros

jóvenes de la que tradicionalmente se ha carecido. No solo ha defendido la importancia de la filosofía sino que también ha intentado internacionalizarla y abrirla a nuevos caminos y conectarla con la democracia. Como el mismo comenta: «la democracia es sin Dios», pero no «contra Dios». Intentar una educación democrática y para la democracia al margen de las creencias religiosas no significa que haya que renunciar a las propias creencias, simplemente las creencias particulares no deben imponerse como creencias públicas siguiendo esa separación entre lo sagrado y profano que definía el laicismo. También es meritoria su participación en la Liga Española de Educación para una educación en valores en condiciones dignas y con presencia horaria suficiente en la ESO.

Profesor jubilado sigue escribiendo y peleando por una educación laica, pública y de calidad. En su lectura podemos hallar un ejemplo de coherencia y lucha por lo que uno cree que es mejor y una panorámica de lo que ha sido y todavía es el problema de la educación no universitaria en España que anima a continuar y sumar esfuerzos para una sociedad mejor y más libre.

Francisco Javier Méndez Pérez